

NARRATIVAS GALLO NERO

108

Final de partida

Diario a los setenta y nueve

MAY SARTON

TRADUCCIÓN DE
BLANCA GAGO



Título original:
Endgame

Primera edición: marzo 2026

© May Sarton 1992

© 2026 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2026 de la traducción: Blanca Gago

Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-86-3

Impreso en España

Depósito legal: M-4262-2026

A Nancy Hartley,

*que ha trabajado trece años conmigo
como secretaria, librera y amiga
devota de nuestro trabajo.
¡Hasta siempre!*

Siempre imaginé un diario que me llevara a recorrer los setenta y ocho años para, al final, enlazar con el inicio de mis ochenta. Imaginaba un diario filosófico que lidiara con alegrías y problemas, puertas que la vejez abría a las sorpresas y los esfuerzos inesperados, y aguardaba, para ese año, una cosecha muy fructífera.

Nunca sospeché que, en lugar de eso, tendría que luchar contra el dolor constante y la creciente fragilidad. Perdí más de veinte kilos, no podía hacer nada en el jardín y a principios de septiembre, el Día del Trabajo, tuve que dejar de escribir a máquina. Me convencí de que en un mes o dos me recuperaría, pero a finales de marzo no me quedó más remedio que asumir la posibilidad de que la mejoría nunca llegara. No parecía haber futuro para mí.

¿Y qué era lo que fallaba? Primero, el corazón fibrilado; segundo, la pleura del pulmón izquierdo, que se llenaba de líquido —había que extraerlo cada tres meses— y me dificultaba la respiración; y tercero, la causa de mi desesperación: el síndrome de intestino irritable, que era lo que me infligía un dolor muy agudo durante seis u ocho horas al día. Estuve ingresada dos o tres veces, pero fue inútil. Los médicos solo podían recetarme calmantes —Tylenol con codeína— que, desde luego, ayudaban, pero no curaban. A los médicos no les interesa el dolor crónico, y el mío de cabecera ni siquiera me sugirió un cambio de alimentación.

Después de cuatro meses, el 3 de septiembre, Día del Trabajo, tuve muy claro que ya no estaba en condiciones de teclear en la máquina, así que, con ayuda de Susan Sherman y Nancy Hartley empecé a dictar el diario y grabar mi voz en unas cintas que luego Nancy transcribía. Tenía la esperanza de que mis dictados dieran resultados tan sutiles y complejos como los que Henry James

produjo al final de su vida, pero, por desgracia, en mi caso no fue así.

Durante las últimas semanas he estado releendo y corrigiendo este texto y, al principio, se me cayó el alma a los pies. Muchas frases no tenían una estructura, lo cual, desde luego, podía arreglarse; pero luego estaba el problema de sopesar la relevancia del relato sostenido en la enfermedad. ¿Hasta qué punto puedo llegar a aburrir? ¿Cuánto puedo recluirme en mi dolor? Y lo más importante: el estilo, en este diario, no cuenta con imágenes potentes e imaginativas. Siempre he afirmado que los poetas piensan con imágenes, pero desde que sufrí el infarto, hay algo en mí que permanece encerrado en el subconsciente. Así, desde hace cinco años no puedo escuchar discos, porque abren esos escondrijos cerrados y desencadenan un torrente de lágrimas incontenibles.

¿Debo publicar este diario? ¿Qué valor tiene, cuando procede de una Sartón vieja y disminuida? Espero estar en lo cierto al pensar que, con todos sus defectos, sí posee un valor, aunque solo sea el de sugerir la manera en que una mujer vieja convive con el dolor crónico durante un año; las compensaciones de vivir aquí, junto al mar, incluso así, vieja y enferma, y cómo he tenido que aprender a ser dependiente. Quizá este *Final de partida* proporcionará un cierto alivio a otros sufridores.

Para mí ha sido un salvavidas, y ya estoy trabajando en un nuevo diario, que empecé el día siguiente a mi cumpleaños porque necesitaba recapitular y, de algún modo, descubrir lo que sucede alrededor y dentro de mí.

Sin eso, la vida me parecería muy vacía y fútil.

MAY SARTON
3 de junio de 1991

Jueves, 3 de mayo de 1990

Hoy cumpla setenta y ocho años. Cuesta creer que sigo aquí, encantada porque el sol por fin ha salido y los narcisos atestan la linde del bosque con gracia a raudales, porque todo crece con vistas a abrirse y florecer después del invierno aprisionador al que, no sé muy bien cómo, hemos sobrevivido. Escribir estas pocas palabras a trompicones supone toda una hazaña para mí, puesto que los meses de convalecencia a causa de la fibrilación que padezco en el corazón me obligaron a apartar todo intento de escritura. Incluso escribir una postal se ha convertido en un esfuerzo hercúleo sobre el que reflexiono a eso de las cinco de la mañana, cuando Pierrot, el espléndido gato himalayo, decide que ya es hora de salir de la cama. Le abro la puerta y luego me propongo inventar una postal maravillosa que pocas veces dejo por escrito, porque para cuando he sacado el comedero de los pájaros, regado las plantas de la ventana, preparado el desayuno, fregado los platos, hecho la cama y me dispongo a vestirme, mis escasas reservas de energía ya se han extinguido.

¿Es eso verdad o la verdad es que los efectos secundarios de las medicinas que me recetan para el corazón me abotargan la mente de algún modo? Nunca me siento del todo despierta, lo bastante viva para percibir el temblor de la brisa, salvo de noche, cuando acojo como agua de mayo el extático croar de las ranas y, aunque me quite el sueño, lo escucho complacida durante horas, emocionada después del silencioso invierno.

Siempre imaginé que empezaría un último diario en este cumpleaños, pero cuando lo intenté, a modo de experimento, después de Navidad, y luego otra vez ya casi por Pascua, tuve claro que las intrincadas conexiones entre lo que sucedía en mi cabeza y

su expresión en palabras no funcionaban. Todo esto es aterrador, incluso cuando los tacs no muestran ningún daño cerebral y los médicos me aseguran que todo está bien. «Lo que ocurre —dice el maravilloso doctor Petrovich— es que tiene el corazón muy, muy cansado, y también que este último año ha perdido fuerza.» Así que debo instalarme, al parecer, en esta especie de vida a medias, o vida de medio inválida. En esa lucha llevo ya unos cuantos meses, y estoy aprendiendo a aceptar que mi vida como escritora seguramente haya llegado a su fin; estoy aprendiendo a aceptar la dependencia.

Viernes, 4 de mayo

Otro cielo azul, otro verdadero día de primavera. Hacemos bien en temblar, porque esta noche volverá a llover y mañana seguirá lloviendo todo el día, cuando unas amigas a las que considero mi familia, Anne Woodson y Barbara Barton, vengan a compartir un poco de champán y unos rollos de cangrejo —un festejo reducido a su mínima expresión, como todo en estos días—.

Sin embargo, sonríó al escribir esto porque ayer mi cumpleaños en ningún caso pudo tildarse de austero o desmerecedor, pues a cada rato llegaban camionetas cargadas de regalos extraordinarios en forma de plantas y flores —uno de ellos, de mi querida y extravagante Susan Sherman, con dos tallos de orquídeas blancas altos como torres que formaban un árbol orquídea bajo el que me tumbé como una princesa india—. Maggie Vaughan se presentó con un delicioso almuerzo a base de langostinos, ensalada, su sorbete de fresa especial con fresas marinadas y un bizcocho casero; así, pude repantigarme luego en mi silla y

contestar llamadas mientras me tomaba un cóctel de whisky. Entre las más de seiscientas cartas y postales que se acumulan desde la semana pasada, he encontrado un pasaje de Teilhard de Chardin que Polly Starr copió y me ha golpeado como una flecha en el corazón, pues revela mi estado actual con palabras exactas:

Esta fuerza hostil que lo deja fuera de combate y lo desintegra puede convertirse para él en un amoroso principio de renovación si lo acepta con fe, al tiempo que no cesa de luchar contra él. En el plano experimental, todo está perdido; pero en el ámbito de lo sobrenatural, tal y como se conoce, existe una dimensión adicional [...] que consume una misteriosa trasposición del mal en bien. Una vez deja atrás la zona de los triunfos y fracasos humanos, [...] accede, mediante un esfuerzo de confianza en lo superior a él, a la región de las transformaciones y el conocimiento suprasensibles. Su resignación no es más que el impulso que eleva su campo de actividad hacia lo más alto.

[...] Hay un tiempo para el crecimiento y un tiempo para la disminución en las vidas de cada uno de nosotros. En un momento, la nota dominante es el esfuerzo humano constructivo y, en otro [...], la aniquilación. Todas estas actitudes surgen de la misma orientación interna de la mente, de una única ley que combina el doble movimiento de la personalización natural del ser humano y su despersonalización sobrenatural.¹

Desde hace mucho tiempo, tengo *El medio divino* junto al escritorio, en una librería giratoria con otros tesoros, pero hacía años

¹ Pierre Teilhard de Chardin, *El medio divino. Ensayo de vida interior*, traducción de Francisco Pérez Gutiérrez, Trotta, 2021. Todas las notas, salvo que se indique lo contrario, son de la traductora.

que no lo abría para releerlo, de modo que he recibido el pasaje que Polly copió como un verdadero regalo, la llave de una puerta que llevaba meses cerrada. Así, por hoy me conformo con haberlo copiado de mi puño y letra y reafirmarme en lo que Sheri, la enfermera a domicilio que hoy vino a darme un baño de esponja, me dijo: «Estás mejor, lo sé porque sonríes, y cuando empecé a venir no sonreías nunca».

Ayer olvidé mencionar que, cuando fui a recoger el correo con el coche, vi que la hierba centella está en flor y despide ese brillo dorado que deslumbra. Ese fue uno de los mejores regalos del día.